

de su amor, y haberle dado á su Hijo es señal que ninguna cosa le negará.

De aquí saca san Pablo para sí y para todos un esfuerzo grande, desafiando á cuantos trabajos pueden venirle, que ninguno será poderoso para hacerle perder el amor de Cristo; como quien dice: Grandes enemigos parecen tribulaciones, hambres, desnudez, pobreza, etc.; pero ¿qué tienen que ver con la caridad de Dios ni con la consolacion que de su mano tenemos? ¿Estás en aflicion? Por eso tienes de dentro consolacion, porque si no hay pecado que te acuse, el espíritu da testimonio que eres Hijo de Dios. ¿En angustia vives? La conciencia está segura si te llegas á Cristo con verdadera piedad. ¿Perseguido eres? Pero tienes promesas. ¿Tienes hambre? Pan tienes del cielo, que es el mismo Cristo. ¿Desnudo te hallas? Mirate bien, que á Cristo tienes vestido, y con esta vestidura puedes segu-

ramente llegar á Dios. ¿Veste en peligros? Seguro puedes decir lo del salmo: Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo. ¿Temes la espada? ¿No ves que tienes otra mas aguda, que es la del espíritu? Y pues todas estas armas y remedios se hallan en Cristo, ¿quién nos apartará del amor y caridad de Cristo? Aunque está escrito que por él andamos cada día entre los tiranos padeciendo, y que los mundanos nos juzgan por ovejas en matadero; pero al fin Cristo como oveja fué muerto sin abrir su boca; no es mucho que sus hijos y amigos muramos, cuanto mas que no morimos, sino piensan que morimos; antes por eso que llaman muerte entramos á la vida. Los malos son los del matadero, como dice Hieremías, que los mate Dios como ovejas de sacrificio; pero los buenos con la muerte descansan, muriendo por Cristo, con Cristo y en Cristo.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO QUINTO.

DE LOS EJEMPLOS DE PACIENCIA QUE DIOS NOS DEJÓ PARA MOVERNOS Á TENELLA.

PRÓLOGO.

Grande fuerza conocieron los antiguos para mover los ánimos de los hombres en la elocuencia; de donde salieron muchas pinturas della, como la de Hércules, que traía tras sí mucha gente atraillada con cadenas subtilísimas que de la lengua le salían; de donde hubo quien pensase que las fuerzas suyas, por quien es en el mundo tan famoso, no fueron corporales, sino las de su elocuencia, y que los trabajos que dél se escriben en las historias, tienen sola la significacion de lo que mediante esta peleaba. De aquí nació la fábula de Orfeo, que movía con su música las piedras, significando la elocuencia, que, cuanto quiera fuesen duros, movía con su fuerza á los corazones; la cual por esta razon llamó Eurípides reina, y otro filósofo la llamó *flexamma*, por la fuerza que tiene de doblar los ánimos, como cuenta Valerio Máximo. De aquí salió tambien aquel medio verso de Ciceron:

Cedant arma togae,

que Quintiliano cita y Salustio, que quiere decir: Reconozca la fuerza de las armas á la elocuencia; como quien por experiencia sabia la fuerza del biendecir; porque lo que ningun género de armas suele poder con los hombres, lo puede y acaba con facilidad una concertada y elocuente oracion. Esta verdad es mas cierta y conocida en la doctrina del cielo, donde la fuerza de toda la elocuencia humana es como ninguna, comparada con la que consigo trae la palabra de Dios, como san Pablo dice á los hebreos. Por esta razon llama san Augustin á los salmos de David encantaciones, y aun Esaias llama al predicador de la palabra de Dios encantador cuando

dice que alzará Dios todos los adivinos de su pueblo, que en hebreo dice encantadores, entendiendo que en castigo les quitará los predicadores; y aun David cuando es mucha la dureza de los oyentes, porque nadie le eche á flaqueza de la palabra que se predica, dice que los tales son semejantes á las serpientes, que se tapan las orejas para no oír la voz del encantador.

Hasta aquí se ha llevado por sola doctrina y razones el discurso deste libro; pero, aunque sea tanta la fuerza della, como está dicho, mayormente siendo doctrina sagrada, que de ninguna fuerza criada puede ser vendido; mas porque generalmente la flaqueza de los hombres suele moverse mas con los ejemplos de otros hombres, en que descubre mas su animal naturaleza, en que comunica con los brutos que, con ejemplo de otros sus semejantes, suelen con mas facilidad moverse á aquello á que su dueño les encamina; de donde viene á ser tantas veces y con tanto encarecimiento encomendado á los predicadores el ejemplo de la buena vida, de suerte que el oyente vea lo que oye puesto por la obra; porque, como el poeta dice:

*Segnius irritant animos demissa per aures,
Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus.*

Que quiere decir que lo que se aprende por los oídos, mas de espacio y con menos fuerza mueve los ánimos que lo que por los ojos se ve puesto por obra; y esta es de tanta fuerza, que, aun oída ó leída en las historias, mueve dulcemente al oyente á seguir aquel camino, como á todos enseña la experiencia, y mucho mas que cuando aquella virtud, así obrada, se enseña por razones y doctrina; por donde se encomienda mucho esta manera de enseñar á los predicadores.

Por esta razon, pretendiendo yo en este libro como fin principal mover á la virtud de la paciencia al lector afligido, me pareció que fuera gran falta contentarnos con la doctrina de los libros pasados, olvidando lo que para este fin tiene la mayor fuerza, que son los ejemplos, con que, poniendo los ojos en ellos, tengamos sufrimiento en nuestras adversidades, especialmente los que para este fin escogió Dios y con este mismo nos encomendó; los cuales serán aquí pocos, y todos de las sagradas letras, dejando á la diligencia del lector otros muchos que en las historias, así sagradas como profanas, podrá hallar á este propósito. Fué significado el provecho que los ejemplos hacen en todos, especialmente para el alivio y consuelo de los trabajos, en la diligencia que Abdemelech hizo cuando por mandado del Rey sacó al profeta Jeremías del lago, que le puso en la sogá unos trapos viejos para que saliese sin lastimarse las manos y con mas alivio; y los trapos eran de vestidos viejos del palacio del Rey, para significarnos el grande alivio que el afligido recibe, teniéndose á los ejemplos de los santos, para salir presto, descansadamente y con provecho del trabajo en que está. Deste provecho y esfuerzo gozará el que atentamente leyere los que aquí se pondrán, que son primero, generalmente, de todos los santos y amigos de Dios, tras esta generalidad los trabajos y paciencia del santo Job, tras él los de Tobías, luego los del patriarca Josef, y luego los mártires y apóstoles; tras estos la paciencia y trabajos de Lázaro mendigo, y luego los que la Madre de Dios padeció, y luego los que su santísimo Hijo; y al fin, la paciencia que Dios tiene sufriendo y esperando los pecadores. En los cuales ejemplos, mirado con atención quien son los que padecen, la poca necesidad que casi todos tenían de padecer, el fin por qué padecieron la gravedad de los trabajos, son estas cosas de tanta fuerza en un corazon considerado, que causarán, no solo paciencia en sus trabajos, pero vergüenza y confusion de ver con cuánta impaciencia los lleva, y deseo para adelante de mayores peleas, por parecerse en algo con el que dellos menos padeció. Y para que se tenga atención á las circunstancias dichas, pues son de tanta importancia, se le irán acordando al lector en cada discurso deste libro; antes en eso se ha de emplear lo mas principal de su argumento.

DISCURSO PRIMERO.

Del ejemplo que para nuestra paciencia tenemos en la que en sus muchos trabajos tuvo cada uno de los santos y amigos de Dios en esta vida.

Aunque arriba queda copiosamente dicho que los trabajos son en esta vida generales, y tanto, que á ningun estado, sexo ni edad perdonan; pero mas ciertos y mas graves, y á veces, sin la especial gracia de Dios con que se llevan, mas intolerables son los que caben á los buenos y amigos de Dios; de manera que los demás, comparados con ellos, apenas merecen nombre de trabajos; lo cual nos quedó á los cristianos en las historias y en las dotrinas y pláticas que hasta nuestros tiempos han venido de mano en mano para nuestro esfuerzo y consuelo, el cual los pasados no tuvieron, ó tanto me-

nos cuanto mas se acercaban á los principios del padecer; y con esto consuela á los de su tiempo el apóstol san Pedro: Amigos, no os maravilleis ni alboroteis en los trabajos y tribulaciones que os vienen apriesa, ni los extrañeis como cosa nueva ó nunca oída, pues desde que hay amigos de Dios se platican y padecen; lo que habeis de hacer es entrar á la parte con los demás santos y con Jesucristo en sus pasiones, para que tambien lo entreis en su gloria. Los demás apóstoles así consuelan á los cristianos como san Pablo, que, escribiendo á los de Macedonia, les dice que se parecen á los cristianos de la iglesia de Judea en que han padecido de sus ciudadanos las afliciones que ellos de sus judíos; en que alaba á los que en la una y en la otra parte padecian, anunciándoles el desastrado fin de los que hacian la persecucion, que era la condenacion eterna. El bienaventurado apóstol Santiago dice en su *Canónica*: Tomad, hermanos, en vuestros trabajos ejemplo en la paciencia con que los profetas padecieron los suyos, que hablaban en nombre del Señor; advertid que predicamos por dichosos y bienaventurados á los que sufrieron. Ya habeis oído la paciencia de Job y el fin que Dios dió á sus trabajos, en que se mostró tan misericordioso. Con esta misma razon fueron ellos esforzados y consolados del mismo Señor y maestro suyo cuando les dijo, al cerrar de las bienaventuranças: Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecieren, persiguieren y dijeren mal de vosotros; gozáos y alegráos, que el premio y galardón de vuestra paciencia será colmada en los cielos, porque así persiguieron á los profetas, que fueron primero que vosotros. Y es gran ocasión de paciencia, no tanto el tener por compañeros á los buenos en el trabajo, que esto entre los siervos de Dios antes es desconsuelo, porque su caridad antes se duele del mal de los otros, cuanto por pensar que este es el camino por donde lleva Dios á los suyos para su gloria.

Esta es la puerta angosta y el camino estrecho y áspero por donde conviene entrar y procurarlo y porfiallo; es gran consuelo verse un hombre dentro en él en compañía de los pocos que han sido dichosos en hallarle, que aunque lo son en respeto de los que no dan con él, pero muchos son en número; porque, si discurrimos por los buenos que han sido desde el principio del mundo, hallaremos que ninguno ha escapado de grandes afliciones y tribulaciones. Desde Abel, muerto por envidia de su propio hermano; Noé, Abraham, Isaac, Jacob, ¿qué de trabajos, qué de destierros, qué de peregrinaciones? Abraham fué desterrado de su tierra y parientes; ¿cuánta hambre padeció en tierra ajena, como un hombre sin casa. Anduvo de Caldea á Mesopotamia, de Mesopotamia á Palestina, de Palestina á Egipto; ¿qué de sobresaltos y peligros padeció, por causa de la mujer, con aquellos bárbaros; qué de guerras para redimir la captividad de sus parientes? Pues ¿aquel tártago que recibió cuando le fué mandado sacrificar su hijo, la lumbre de sus ojos, y en cuya cabeza estaban puestas las esperanzas de toda cuanta honra y felicidad Dios le habia prometido? Este le mandan salir á matar con tantas circunstancias, que cada una traspasaba el corazon del santo viejo.

Pues si miramos á los demás patriarcas, el mismo Isaac, que en tanto aprieto se vió en el sacrificio, ¿cuántas pesadumbres y vejaciones padeció de sus convecinos y comarcanos? Tanto, que también fué, como su padre, despojado de su mujer. Pues ¿qué padeció Jacob, criado en casa de su padre? No acabaríamos de decir sus trabajos, destierros, persecuciones, trampas de su suegro en trocalle la mujer, y diez veces mudarle los salarios. Todo lo dice el mismo en una palabra: Mis días pocos y acosados y trabajados, y no llegaron á los días de mis padres. No olvidándose, por ver á su hijo, que tenía por muerto, y sentado en trono, segundo después del Rey, de las calamidades de su vida, por ser tantas y tan grandes, de que tenía ya hechos callos. ¿Qué diríamos de David, de quien leemos tantas tragedias, tanta guerra, tanta persecucion de Saul, de su hijo, tantos baldones de un vil vasallo? Pues Esaías aserrado, Jeremías maldice su día por los males que había padecido en la vida que dél comenzó. Moisés, ¿qué padeció con aquel pueblo, pues pide á Dios que le saque desta vida? Elías, después de tantos milagros, pide á Dios lo mismo. Pues ¿qué diré de los amigos que Dios tuvo tantos años en la captividad? Qué padeció Daniel, los mozos del horno? Pues ¿Tobías, el santo Job, san Juan Baptista, los apóstoles, mártires, confesores, ermitaños, vírgines y viudas, la Madre de Dios y su bendito Hijo? No hay santo ninguno que si su historia se conta se no fuese un monton de trabajos y martirios. Esta es la multitud que vió san Juan, en el *Apocalipsi*, de todos los pueblos, lenguas y naciones, que estaban delante del trono del Cordero, vestidos de vestiduras blancas y palmas en sus manos, señal de vitoria, y le fué dicho á san Juan que todos habían venido de gran tribulacion. Entre los cuales había de todos estados, y no solos mártires, porque cada santo en el suyo tuvo que vencer grandes dificultades y grandes fieras que le salian al camino del cielo para hacérsele dejar y echar por otra parte: unos peleaban con la avaricia, otros con la ambicion, otros con su carne, y todos con los trabajos que Dios les enviaba; y por eso dice que todos venian de la gran tribulacion. Y porque nadie se engañe, pensando que muchos santos se deben de ir en paz, sin haber padecido trabajos en esta vida, por haber al principio dejado el mundo con facilidad y después haberse criado con quietud en la vida contemplativa, sin peleas ni encuentros, y así se pasaron á la otra; entienda que para estos tiene Dios un género de trabajos invisible, pero de los mas trabajosos, y tanto mas intolerables cuanto menos se dejan entender sino de quien los padece; que ningun género hay para ellos de martirio que tan áspero y riguroso le parezca.

Para entender bien este tormento, es necesario advertir que la vida ordinaria de los que viven en soledad del mundo es suavísima, por la ordinaria y continua conversacion interior que con su amado tienen; y por eso le da el Señor nombre de cena, como á la gloria de los bienaventurados, por ser un traslado y principio de ella; y la gloria se llama así, porque no hay cosa en la tierra en que mas se represente una alegría con limpieza y honestidad como en una cena ó convite; y por está mesma razon se llama cena esta vida y el rato que

el Esposo particularmente está en el alma. El lo dice: Yo estoy á la puerta llamando; si alguna alma me abre, entraré y cenaré con ella, y ella conmigo. Lo cual dice por el contento que él también recibe, y porque trae consigo la cena, que son los regalos de que el alma se ceba con aquella inestimable dulzura; la cual estimaba David cuando decía: ¿Cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, Señor, la cual escondiste para los que temen! Y san Lucas cuenta que andaban en aquellos tiempos primeros de la Iglesia los cristianos llenos de consolacion del Espíritu Santo. Y ¿qué se puede pensar menos de un convite donde el mismo Señor de la consolacion hace el plato y la costa? Venid á mí todos los que vivís trabajados y cargados de penas y afliciones, que yo os regalaré; yo, dice, mesmo os regalaré, sin encomendallo á otras manos que á las mías; que para que reparásemos en aquel yo, le repite por un profeta, diciendo: Yo, yo mesmo os consolaré. Para que por allí entendamos los quilates y dulzura deste consuelo y alegría; así como cuando de la majestad del que hace una cosa entendemos la grandeza y primor de ella, como cuando dicen de una imagen de la Madre de Dios que la pintó san Lucas ó san Gabriel, cuando se dice en la Escritura que el rey Asuero, señor de ciento y veinte y siete provincias, hizo un convite; que Alejandro hizo una merced á un privado suyo; así, cuando oigo que el Hijo de Dios, amigo de la salud y consuelo de los hombres, hace una cena ó consuela y recrea un alma y la regala, no puede el entendimiento alcanzar la grandeza deste regalo. Y así, bien se dice que cuando este se goza no hay sentir penas ni trabajos del mundo, por grandes que sean ó parezcan, como parece en los mártires y en los ermitaños y en todos los santos. De aquí se entiende la gravedad de los trabajos de los siervos de Dios cuando el Señor, por secretos juicios suyos, para gloria suya y provecho del alma (como en su lugar se dirá), alza la mesa desta cena y esconde su rostro y su dulzura; porque, como ellos han renunciado los placeres del mundo por hacerse hábiles para gozar de los del cielo, pues dice el que destes sabia mucho, el glorioso san Bernardo, que la divina consolacion es delicada y que no se da á los que buscan ó quieren ó tienen otra, no los conocen ya ni los estiman ni quieren, como si no viviesen en el mundo; tanto, que aun la memoria dellos tienen por aflicion. Cuando por algun tiempo, segun su voluntad, segun la providencia que de sus privados tiene, les esconde aquellas sabrosísimas gotas de su gloria, vienen á quedar sin el un contento y sin el otro. Pues dime, ¿cuál quedará aquella alma sin hallar ninguno do quiera que se vuelva? Pues los del mundo no los precia ni quiere, antes los tiene aborrecidos y por tormentos; y cuando no, no puede ya fácilmente tornar á ellos. Decía Moisés á aquel pueblo, hablando de la tierra de promision: La tierra que vas á poseer no es de regadío, sino montuosa, que ha de aguardar el agua del cielo; no es como la tierra de Egipto, de donde vienes, que son unas vegas frescas, que en echando en ella la semilla le sueltan una acequia de agua, hartándola de ella á su voluntad y del que la siembra; pero esta es montuosa, donde no pueden subir las aguas para regalla; y así, está atendida á solo la que llueve del

cielo. Hablaba en figura de lo que vamos hablando, que los contentos del siervo de Dios se han de esperar del cielo para refrescar el alma; no son como los del mundano, que tiene los suyos á su voluntad; que la hora que quiere jugar no faltan jugadores con quién; cuando murmurar, hay mil murmuradores que dirán y oirán de lo que él quisiere; cuando quiere tratar de sensualidad no le faltan mujeres perdidas y deshonestas, y dineros para todo; y así, de todo lo demás de que quiera sacar su contento vano. Pero el siervo de Dios ha de esperar el consuelo y regalo del cielo, y este vendrá á los tiempos que quisiere quien le ha de enviar. Pues dime, cuando faltare estalluvia, ¿cuál quedará el corazon, de quien dice san Gregorio que es imposible que pase sin deleite y contento, ora sea del cielo, ora de la tierra, porque eso es su sustento? Por lo cual dijo la sagrada Escritura: Yo la llevaré á la soledad y la hablaré al corazon. Quiere decir, cosas dulces y de contento; porque nunca el corazon gusta de oír otras ni tratar dellas. Pues ¿qué hará el alma, como viuda y huérfana, contanta necesidad? Qué perplejidad será esta tan trabajosa? Mayormente que luego nace della el temor de verse sin consuelo del cielo para adelante, que suele ser la guarda del alma, segun aquello del santo Job: Y tu visitacion guardó á mi ánima. El cual trabajo suele ser mas grave á los mas buenos, por estar mas usados á esta consolacion y mas lejos de volver á la terrena. De los cuales era el rey David, que tenía apercebido á Dios, rogándole que no le escondiese su respuesta en la oracion, diciendo: Señor, cuando te llamare y te hablare no calles, porque será hacer que me cuenten con los muertos. Destos era san Bernardo, el cual sobre aquellas palabras *Modicum, et non videbitis*, dice: O poquito, poquito, ó poquito mucho. Señor piadoso, ¿poquito llamas á lo que estamos sin verte? Hablando con perdon de mi Señor, que lo dice, mucho es, y mas que mucho. Pero todo es verdad, que es poco y mucho: poco para lo que merecemos, y mucho para lo que deseamos; porque lo que es poco cuanto á los méritos es mucho para la sed del alma que desea, la cual toda la priesa, por mucha que sea, de su Esposo tiene por tardanza; porque al alma que ama los deseos la llevan, y los ojos que tiene cerrados á la majestad tiene abiertos á la dulzura. Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Pues aunque el malo no alcanza cuán gran trabajo sea este, por tener poco amor á Dios y por tener sus contentos en el mundo, el siervo de Dios le tiene por intolerable. En figura ó como cabeza de los buenos, afligidos con semejante desamparo, habla el Redentor en un salmo, diciendo: En aquel terrible aprieto y desamparo que por nuestros pecados tuvo en la cruz, sálvame, Señor, socórreme, que las aguas de los trabajos me han penetrado en demanda de mi alma; atolado estoy en el profundo de las afliciones y no hallo pié; llegado he á lo hondo del mar y véome anegado de una gran tempestad de angustias; cansado estoy, Señor, de llamarte hasta enronquecer este pecho, y mis ojos están flacos y debilitados en esperar del cielo el favor de mi Dios. Y luego cuenta sus trabajos por menudo. Pero de lo que hace cabeza en su oracion es del no hallar á Dios en ellos por consuelo; lo cual fué significado en el sueño que el

misimo Señor llevaba en la navicella cuando padecian sus discípulos aquella tempestad grande que san Mateo cuenta.

Pues si así es, que á todos sus amigos pone el Señor en grande estrecho y apretura de trabajos y afliciones, y mas á los mas privados suyos, ¿por qué no llevarémos con buen ánimo los pocos y moderados que padecemos, repartidos con tanta sabiduría y por nuestro bien de su santísima mano, habiéndolos ellos sufrido con tanta paciencia y amor, y hecho dellos una escala firme, por donde subieron á la gloria que agora poseen? Por cierto, confusion es del que se precia de cristiano y fiel amigo de Jesucristo y de sus siervos y amigos, dejarlos padecer á solas, y querer, sin parecerles en ningun género de pelea y ser su compañero y venir á la parte en el premio de la victoria. Esta consideracion daba congoja á muchos santos, y della salía lo que dice san Juan Crisóstomo sobre aquellas palabras de san Pablo á los hebreos, donde nombra los santos antiguos y lo que padecieron y el valor que tuvieron en sus trabajos y afliciones y muertes. Dice el bienaventurado santo que cada vez que se pone á pensar la virtud y los trabajos de los santos se le representa un pensamiento de desesperacion, viendo que, siquiera por sueños, no vemos en nosotros aquella virtud de unos hombres que padecian, y no por sus pecados, antes siempre era santa su vida y siempre afligida. Donde el mesmo santo nota que, después de los apóstoles, torna san Pablo á Elías, quizá porque era mas conocido de los hebreos, á quien escribia; y con razon encarece sus trabajos, pues todo el mundo se admiraba dél, y había sido favorecido en no morir. De todos dice que andaban sin vestido, con pieles de cabras y de otros animales, que de puro perseguidos no tenían casa donde meterse, parecidos al Redentor, que no tenía donde recogerse ni reclinar su cabeza; cosa que ni á las aves falta ni á las zorras, y lo que es mas, ni aun parar los dejaban en una tierra, ni aun en los montes y desiertos los dejaban; que por eso no dice que reposaban ó sosegaban en la soledad, antes de allí los aventaban y los hacian andar huyendo, no solo de lo poblado, sino de lo inhabitable. Ya á los cristianos acúsanlos y persiguenlos por Cristo; pero á Elías ¿qué culpa le cargaban? Pues no es mucho, dice san Juan Crisóstomo, que á vosotros, teniendo alguna ocasion, os hagan huir y pelear con la hambre; y aun hay otra diferencia, que ellos en aquel tiempo no recibian luego el galardón, esperando á los mas favorecidos, que somos los del tiempo de Cristo. Y concluye san Juan Crisóstomo con san Pablo. Así que, teniendo tanta nube de mártires y testigos (llámalos nube porque la consideracion de sus trabajos refrigeran á los que agora padecemos, como nube que se pone delante y tiembla el demasiado calor del sol), dejando toda carga de pensamientos, cuidados y congojas que nacen del proprio amor de nuestra carne, corramos á la pelea que nos ofrece Dios, poniendo los ojos en el autor de la fe y fin della, que es Jesucristo; el cual, no habiendo hecho por qué, y pudiendo escoger vida contenta y sin trabajos, sufrió la cruz, no haciendo caso de la afrenta que era entonces morir en ella. Pues si él sin pecado y sin necesidad sufrió tan penosa y afrentosa muerte, y los santos

antes y después dél, poniendo los ojos en su pasión, padecieron tanto, sin merecerlo como nosotros, ¿qué mucho que nosotros padezcamos? Por cierto, no digo yo paciencia, sino gran confusión había de causar en nosotros esta tan tierna consideración, pues queremos sus coronas, rehusando padecer sus peleas, comparados con los niños y mujeres que están en los teatros, como dice el mismo santo, que están dando palmadas y gritos cuando uno pelea bien, sin bajar ellos á pelear. ¿Con qué vergüenza al fin del día pedirían la corona los que solo se contentaron con estar mirando? Lo cual por otras palabras dice san Pablo: Si andáis fuera de la disciplina de Dios, que es la vida trabajosa, de la cual todos la padecen, sin escapar ninguno de los hijos, claro está que no lo sois, sino adulterinos. Que es decir mas claro: Todos los hijos de Dios pasan por aflicciones y trabajos; pues si salís de la lista de los trabajados, claro está que salís de la de los hijos legítimos y sois adulterinos; pues ¿con qué derecho pedís la heredad como si fuéades hijos? Así que, este es el camino derecho por donde Dios lleva á sus amigos; y por tanto, mas graves trabajos cuanto mas amigos. Y con cuánta paciencia los hayan sufrido, y cuánto mayores eran los dolores de lo que el mundo piensa, el mismo san Juan Crisóstomo lo saca de aquellas palabras que el santo Job dijo en medio de su aflicción, maldiciendo el día en que nació. Lo mismo hacia (cuanto al mostrar su dolor) Jeremías, quejándose de su madre, que le había engendrado; lo mismo Moisés, descando y pidiendo á Dios la muerte; lo mismo Abacuc, mostrando el sentimiento de los trabajos en que Dios le había puesto. Y todo esto (dice este santo) está escrito para que veáis por cuántas tribulaciones y cuán graves pasaron estos amigos de Dios, y para que los imiteis en sufrirlos, no en significarlos; que los que han de ser ejemplo y dechado de lo que has de imitar son los que, después de la ley de gracia, que son los apóstoles, que no mostraban en sus trabajos dolor, sino alegría, cuando iban con ella delante de los jueces y tiranos, porque eran dignos de padecer por el nombre de Jesús. Así que, unos sirven de avergonzar nuestro sentimiento de cosas pocas, otros de enseñarnos alegría en el padecer pocas ó muchas.

DISCURSO II.

De los trabajos del santo Job, y de la paciencia con que los sufrió.

Cuando los oradores tienen entre manos algun argumento que tratar de grande excelencia, eminente sobre los que ordinariamente se les ofrece, suelen, por mas elocuentes que sean, mostrarse cortos y atajados, considerando las ventajas que á su talento hace la grandeza de la materia; y esto está puesto en razon, porque, como aquel gran filósofo Séneca dice: El alabar cortamente una cosa es un cortés género de vituperio. Y así, no solo no sale el que pretende alabarle con su intento, pero aun déjala agraviada con su cortedad, y con sospecha que no se levanta su valor sobre lo que della se ha tratado. Así acaece á los predicadores del Evangelio cuando se ofrece tratar del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, ó de su pasión, ó de la Santísi-

ma Trinidad, ó del último día del mundo, cuándo será el juicio de todo él, ó del Santísimo Sacramento, donde la materia requiere grandes cosas y al auditorio las espera; de donde nace que en semejantes sermones pocas veces quedan unos ni otros satisfechos; de donde vino á decir san Jerónimo, consolando á Heliodoro de la muerte de Nepociano: Los ingenios cortos no pueden sufrir materias de mucha grandeza, porque en medio de la fuerza que ponen allí, suelen arrodillar cuando acometen cosa sobre sus fuerzas; y cuanto mayor es lo que se ha de decir, tanto mas desfallece el que no puede con palabras explicar la grandeza del negocio. Esto dice san Jerónimo de su ingenio, para solo hablar de un buen sacerdote: Cuando el mio fuera tal, ó yo fuera de los mas elocuentes oradores, tuviera temor en esta ocasión, por hallarme á la puerta de una de las mas dificultosas materias por su grandeza y excelencia, que es de los trabajos y paciencia del santo Job, de que no falta quien dice que, después de sola la de Jesucristo, no ha habido, á lo menos no se ha escrito, otra que se le pueda igualar; aunque en esto no puedo dejar de exceptar tambien á la Madre de Dios, así por el largo tiempo que padeció, que fué casi toda su vida, como por la calidad y circunstancias de lo que padeció en ella, como en su lugar se dirá. Sacado esto, es el santo Job, con sus trabajos, uno de los grandes portentos que el mundo ha tenido. De suerte que en todas las lenguas y naciones donde este gran varon es conocido, ha quedado en refrán y manera de hablar con encarecimiento la paciencia de Job, y por excelencia se llama un Job el bien sufrido. De aquí es que el bienaventurado san Juan Crisóstomo, con ser llamado por su grande elocuencia boca de oro (que eso suena en lengua griega Crisóstomo), no se contenta, cuando de propósito comienza á hablar deste santo con tan rica boca como tenia, antes pide á Dios una lengua de evangelista para hablar de un ángel, cual dice que es este santo varon; porque dice que sus hazas exceden á todo humano entendimiento y sabiduría, y su victoria toda humana corona, por grande y autorizada que sea; así que, lengua pide de evangelista, para que, como él dice, tocando siquiera con las puntas de los dedos un vaso de divino licor, se perfume toda la Iglesia con la fragancia deste divino bálsamo; porque es de tanta suavidad, que solo el tocarle y moverle, por poco que sea, es bastante para consolar con él todo el mundo. Esta es la causa por que ponemos á este santo al principio de los ejemplos, por la gran fuerza que el suyo tiene, para que cada uno tenga paciencia en sus trabajos pequeños, que tales le parecerían puestos á vista de los suyos. De aquí coligirá cada uno mi atrevimiento en querer emprender cosa sobre mis fuerzas; pero la desculpa dél es el haber de ser tratada sucintamente, como un breve discurso lo requiere, aunque esto no carece de su dificultad, que no lo es pequeña ni menor el recoger las materias tan copiosas como esta, que el dilatar las cortas.

El bienaventurado san Crisóstomo dice deste excelente varon que fué mártir, y aun mas que algunos mártires; porque, aunque no padeció cárceles ni mazmorras, ni fué traído y llevado delante del tirano, ni vió cabe sí al verdugo, ni padeció azotes ni escorpiones;

pero mas duras cosas padeció que algunos dellos; lo cual se ha de entender haber sido mas que algunos mártires, no en dignidad y excelencia (pues, como san Agustín dice, no hace la pena al mártir, sino la causa della, que es el morir por la confesión de la fe); pero entiéndese cuanto á la grandeza de las penas, en la duración, y del sufrimiento y paciencia en ellas, en que á muchos de los mártires excedió. Y con esta glosa y salva se pueden añadir aquí otros dos encarecimientos que allí y en otra parte pone él mismo, diciendo que fué mas que muchos mártires juntos, y en otra, que mas que infinitos; porque no hubo cosa en que no padeciese, y en todas juntas padeció, hacienda, posesiones, ganados, hijos, en su propio cuerpo, en mujer, amigos, enemigos, criados, que, como él mismo dice, le escupían; padeció en hambre, sueño, dolores, hedor intolerable, tentaciones de impaciencia de sus amigos, y en otras muchas cosas, y esto antes de la ley de gracia y aun de la de Moisés; y estos trabajos, sufridos muchos meses, todos rigurosos y en su punto, y todos juntos, con ser cada uno por sí intolerable. Por esto dice que fué mas que muchos mártires juntos, en los cuales estaban estos trabajos repartidos. El segundo encarecimiento es grande, porque pide licencia para decirle, y es que si no es mas que apóstol, que no es menos; lo cual, en sentido ya dicho del padecer, es mucha verdad, mayormente que á este santo varon no le tenia Dios prevenido como á los apóstoles, de quien dijo el Señor á san Pedro: Simón, mira que Satanás os tiene pedidos para zarandarlos como á trigo; por eso estad fuertes, que yo he rogado por tí, porque no faltes en la fe, y entonces podrás confirmar en ella á tus hermanos; y otros avisos y prevenciones como esta. Pero á este santo nunca tal le dijo. De donde nacen aquellas pláticas y argumentos con Dios, que en el discurso de su libro están escritas; y la causa desto da san Juan Crisóstomo, porque los apóstoles habían de predicar el Evangelio y padecer mucho, y aunque no les faltaba provision de esfuerzo para que padeciesen sin se lo haber advertido; pero habiéndoles de suceder otros muchos ministros en el oficio, y no todos son Pedro y Paulo. Pero en Job quiso Dios mostrar una extremada virtud de paciencia, la cual resplandece mas no estando prevenidos con el aviso; pues dice san Gregorio que menos se sienten los golpes y heridas prevenidas; y el refrán castellano, ser el hombre apercebido medio combatido.

Viniendo pues á lo que deste santo varon se ha de hablar, para sacar el fruto que pretendemos, con la suma brevedad se dirán dos cosas: la primera sus trabajos, la segunda su paciencia y sufrimiento en ellos. Lo primero es forzoso hacerse de corrida, porque para poco mas que esto sería necesario, no un libro, sino muchos, si se hobiesen de contar y encarecer, aun con moderación, sus trabajos; porque el menor dellos fué la pérdida de la hacienda, que suele en otros ser tan grave, que padecen de mejor gana detrimento en la persona; y muchas veces della se sigue no poca en el juicio y en la salud, y no pocas se pone á riesgo la vida por ganarla, y mucho mas por no perderla; pero está bien encarrecida su pena en el orden con que el demonio quiso que lo fuese sabiendo, aunque fué todo tan junto y los

mensajeros venian tan á menudo; pero quiso que supiese primero la pérdida de la hacienda y del ganado. Lo primero por la razón general de su escaseza y astucia, que prueba á tentar con las mas livianas ocasiones, porque goce el tentado menos y peque mas; y así, si no por una tentación, por otras le derribase, como san Agustín dice, que por esta razón dan muchos tormentos al delincuente, porque no los podrá sufrir todos, si uno, no otro, y así confesará. Así á Job el demonio, comenzando del menor, para que á este no le faltase su dolor, porque si primero matara los hijos para quien la hacienda era, poca pena le diera haberla después perdido; y aun con esto, si fuera hombre criado con pobreza en casa de sus padres ó en la suya, no la sintiera tanto cuando vino ni la hambre cuando la tuvo; á la cual, aunque naturalmente con poco sustento se remedia, le sobrevino otra calamidad de perder el comer de puro hedor grande que de sus carnes salía. Tras desto, uno de los mensajeros le dijo que fuego del cielo había bajado y le había abrasado los ganados, lo cual ordenó el demonio para quitarle, si pudiera, el refugio que tenia para su paciencia en acudir á Dios y hacerle blasfemar del mismo Dios, viéndole su contrario, y que como tal, le hacia, sin culpa suya, guerra extraordinaria y visible desde el cielo.

Pero cuando llegó la nueva de los hijos, fué la mas cruel saeta que llegó á su corazón, por haber perdido hijos tantos y tan virtuosos; que porque sabía que, habiendo dos hermanos un tiempo solos en el mundo en tiempo de Abel, había crecido la envidia hasta que el uno mató al otro, andaba él ofreciendo sacrificios (que eran como agora las misas), rogando á Dios los conservase en paz y en virtud. Y porque por la poca comunicación no se engendrara entre ellos algun rancorcillo ó desamor ó mal pensamiento, con que Dios se ofendiese, los hacia comer juntos cada día, porque el amor fraternal con esto se conservase. Y viénele la nueva que todos juntos murieron de repente, y en una casa que solía ser posada y hospital abierto de todos los pobres y peregrinos. Porque, si cada uno por sí muriera en su cama y de su enfermedad, aunque fuera grande y prolijo dolor, pero fuera tolerable y repartido, porque la enfermedad comenzara en un dolor manso, y fuera con él creciendo el de su padre, y viérale morir, cerrárale los ojos, pasara su tristeza y lágrimas, quedando los demás para su consuelo; y así fuera del segundo. Pero todos juntos y en un punto, fué cosa que hace aquí perder al bienaventurado san Juan Crisóstomo los estribos; el cual dice que tiene vergüenza y turbación de conciencia de verle aquí tan fuerte á este santo varon. Pero no me espanto, especialmente considerado el paso como él lo considera; porque el perder los hijos, como quiera, es gran dolor, y el ofrecer Abraham el suyo tan liberalmente y de buena gana fué hecho heroico y excelente, y digno de la fama y loa que en la sagrada Escritura por él alcanzó y tiene; pero nunca le vió muerto, aunque se vió determinado y manos en la obra para matarle. Los que los suyos ven morir, gran consuelo tienen en estar á su cabecera y en hacer sus diligencias para volverlos á la vida; cuando no pueden mas, al fin se consuelan con verlos morir, oyen aquellas últimas

palabras tiernas y regaladas, consuélanse con ver el consuelo que el hijo tiene de verse morir junto á su padre y en sus brazos, tómanles las manecitas, bésanselas para declarar su pena, báñanlos con sus lágrimas, amonéstales lo que conviene para bien morir, llevan aquel beso de amor que su padre con tantas lágrimas les da cuando el alma se despide, como que el padre la recibe con su aliento para no olvidarse jamás del hijo; consuélase su padre de que en su presencia, y ayudándolo sus manos, se haga lo que conviene para la sepultura, compone los piés y manos, cierra los ojos y boca, lavan y componen el cuerpo, recibe los consuelos del pariente y del amigo, llenos de alabanzas del defunto tan querido, y de bendiciones y oraciones en que alaban al padre de tan buen hijo, y piden á Dios (que es el padre principal) salud para los que quedan. Al fin hacen sus obsequias y entierro honrada y sosegadamente. Y por este camino la mesma calamidad trae consigo su consuelo.

Pero este santo varon ninguna cosa destas vió; mas, oida la triste nueva, fué á la casa, que juntamente fué casa y sepultura, convite y alboroto, fiesta y lágrimas, comienza á cavar buscando los pedazos de sus hijos y hijas entre la tierra, tejas y ladrillos; sacaba junto sangre, vino, pan, manos y piés y polvo; apartaba una vez una mano, otra un pié, otra un casco lleno de tierra, apartándola de piedras y maderos quebrados; otras veces un pedazo de tripas y entrañas envueltas en tierra y cal. Después que le pareció haber sacado lo que había, siéntase el fuerte luchador á apartar los miembrecillos y poner cada uno en su lugar: el brazo junto á la cabeza, la mano en el brazo, las rodillas á los muslos, el pié á la pierna, con atencion de no poner hombros del hijo varon con cabeza de la hembra. ¿Qué mayor dolor puede pensarse que tomar un pedazo de brazo de su hijo, una cabeza sin narices, otra sin cascos, una mano apretado el plato, otra envuelta en la servilleta, quebrados los ojos, despedazado el cerebro, sin poder conocer, por el gran estrago, á ninguno dellos por el rostro? Bien concluye san Juan Crisóstomo esta consideracion, si después de tantos años, con ser ya él bienaventurado y ser ajeno el trabajo, apenas podremos oír el caso sin lágrimas y compasion, ¿qué seria deste santo siendo suyo, y viéndolo repentinamente con sus ojos y tocándolo con sus propias manos? Ciertamente parece bien haber sido este de los mas vivos dechados que entre las puras criaturas quiso Dios que tuviesen los hombres, para que en sus pequeños trabajos se avergonzasen de no tener paciencia, por ser tantos y en tantas circunstancias, y tan claras y entendidas. San Agustin dice que es finísimo ejemplo, porque fué antes de la ley, y cumplióla por la obra, y fué ejemplo de todas, sin haberlo él tenido en otro antes ni visto ni leído. Pues entonces á esta coyuntura dice el texto que se levantó el santo varon, y rompió sus vestiduras y cortó sus cabellos, protestando en este hecho que de buena gana daría lo que quedaba cuando su dueño quisiese; el cual confesaba que era Dios, Señor de todo, dándole gracias porque se servía de su hacienda y hijos.

§. II.

En que se prosiguen los trabajos del santo Job, y se declara brevemente la paciencia que en ellos tuvo.

Hasta aquí se ha contado solo lo que el demonio procuró con la primera licencia que Dios le había dado, hasta lo que pudo con todas sus fuerzas, para hacerle perder la paciencia; que, como no pudo, tornó á pedir le alargasen la licencia, atento á que todo aquello que no es vida y salud de la persona, cualquier hombre cuerdo no siente mucho en perderlo ni sufre de mala gana que se lo quiten, á trueque de salvar la persona; y que si Dios tocase en la de Job, vería que no tenía en él tan fiel y constante amigo como pensaba. Y aunque él no pidió licencia expresamente para hacerle en la persona mal, contentándose con que el mesmo Dios solo le tocase en ella; pero para que el demonio quedase confuso, y el mundo satisfecho de su valor, le dió licencia que él mesmo le hiciese el mal que pudiese, á su voluntad, con que no tocase á la vida; la cual cobrada, él le cubrió todo el cuerpo de una llaga que le tomaba desde las uñas de los piés hasta la coronilla de la cabeza, de que salía tan abominable hedor, que él mesmo no podía sufrirse; y aunque había sido de su pueblo tan amado, como él dice, y de sus criados, no se halló casa en toda la ciudad donde pudiesen sufrirlo; y así, le hubieron de echar fuera de la ciudad. No fué como quiera esta llaga ó enfermedad, sino como quien le dejó la vida monda y en el aire, sin haber en el cuerpo, tan adelgazado y podrido, en qué sustentarse; que por eso lo pondera el texto, diciendo que le hirió el demonio de una llaga malísima y pestilencial, que de la planta del pié le tomaba hasta encima de la cabeza, la cual, no solo causaba mal olor, sino gravísimos y intensísimos dolores. Y segun algunos dicen, eran bubas, no cualesquiera ni traídas de las Indias ni del reino de Nápoles, sino del mesmo infierno y pegadas por el mesmo demonio. Y por eso viene á decir Orígenes que no era un solo mal ni un solo dolor y tormento el que este santo padecía, sino un tropel de agudísimos dolores que el demonio puso en todos sus miembros y en cada uno dellos, cuales y cuantos podían en ellos caber; de suerte que en la mano le dió todos los martirios y dolencia que en ella cabían, y en el pié y en el ojo y en el brazo hizo lo mesmo; y así, por este orden y traza, le hizo un hospital de males y dolores, no dejando en su cuerpo miembro que no dejase cuajado dellos. Porque, así como el demonio no puede hacernos una tilde de mal sin licencia expresa y permission de Dios para el dónde y cuándo y cuánto ha de hacer de mal, así cuando la tiene no perdona ni pierde una tilde de aquello á que la licencia puede extenderse. Y así como en la hacienda, cuando la licencia no se extendía mas que á ella, hizo tanto estrago y daño, que no le dejó, de tan grueso caudal, mas que un mural de ceniza y un casco de teja con que rayese la podre; así en la salud hizo tanta riza, que apenas quedó con la vida, la cual había Dios reservado.

Así quedó el santo varon muy parecido, en cosas, al Redentor del mundo, en que fué figura suya; porque le primero padeció fuera de poblado, como Cristo, de quien dice san Pablo á los hebreos que para santificar el pueblo padeció fuera de la puerta de la ciudad, y en

un muladar de huesos y carne podrida de los justiciados. Asimismo el Redentor fué tenido por malhechor y abominado del pueblo suyo, de quien había sido antes amado, como el Profeta dice: Desta manera fué llagado en la casa de aquellos que antes me amaban. Y á sus mesmos familiares, que eran los apóstoles, les oía mal, como el salmo dice, que le pusieron y estimaron por abominacion. Fué tambien el Señor provocado y perseguido de su mesma mujer, que fué la Sinagoga, desnudo de sus vestiduras, y el santo Job de los bienes desta vida. Fué llagado después de piés á cabeza, tanto, que dice Esaías que le vió como leproso y humillado, y tanto, que sus amigos y profetas no le conocían. Y lo mesmo se dice deste bienaventurado santo y sus amigos cuando le vieron de léjos. Al fin se sentó este valeroso soldado en su muladar fuera de la ciudad, todo llagado y corriendo materia, hirviendo de gusanos, cuyas morderuras eran mas que á otros saetas; rayendo lo uno y lo otro con una teja, que de cuanta hacienda tuvo y cuantos pobres vistió, no alcanzó en esta hora un trapo viejo en aquel muladar, con que limpiarse. Allí estaba solo en aquel estiércol, de donde él había sacado á muchos, esperando en el que levanta del estiércol al pobre y los sabe sentar con los príncipes de su reino. La mujer, que en buena razon cabía pensar que había quedado para su consuelo y regalo de su enfermedad, tenía asco de su aliento, y en lugar de consolarle, le provocaba á impaciencia para que dijese mal á Dios; por lo cual dicen los doctores que no se le llevó de delante el demonio con los hijos, de manera que sin ella tuviera menos trabajo. Los criados llegaban á escupirle, unos de asco de su hedor, otros por escarnio de su fortuna.

La cual, estando en este estado tan miserable, llegó la fama á sus amigos, los cuales vinieron luego á consolarle; y fué la venida para mas desconsuelo, pues fué para echarle la culpa de los males que padecía, que es uno de los mayores trabajos que á un afligido le puede venir, que piense el mundo, y mayormente sus amigos, que son los que mas piadoso suelen echar el juicio, que las penas que padece son castigos de las culpas cometidas. Y este fué uno de los mayores martirios que los mártires padecían, consolados solamente con la buena respuesta de su conciencia, y es el martirio entre los demás, que padecían á título de gente perdida y facinerosa, como Cornelio Tácito dice, y Suetonio Tráquilo, en la *Vida de Neron*; porque cuando padece sin culpa, si el mundo lo sabe, demás y allende del testimonio y consuelo de la buena conciencia, que le es gran alivio, tanto mayor le lleva de fuera cuantos son mas los que saben su inocencia; que no solo estos, sino el sol, el cielo, las piedras y las paredes parece que se van condoliendo de su pena, y consolándole y esforzándole, sin perder con ellos opinion. Y por eso les dice san Pedro que en eso está el merecer, cuando se padece sin culpa, por lo que solo Dios sabe; que quiere decir que cuando él solo sabe que no la hay, y los hombres piensan que sí. No queráis, dice, padecer solo cuando teneis culpa, como padecen los ladrones ó malhechores, que en eso pocas gracias; la gracia y el merecer es cuando por lo que Dios sabe que no debeis, padeceis. Y aun el mesmo Redentor dice á sus discípulos, de donde lo

aprendió san Pedro: Bienaventurados vosotros cuando los hombres os maldijeren y os persiguieren y dijeren mal contra vosotros mintiendo, porque tendréis grande y copioso galardón en los cielos; el cual mérito particular nace de lo que un hombre siente que se piense que padece con culpa. Pues volviendo á los amigos de Job, estuvieron siete dias que no le osaron hablar, habiendo venido á eso solo, que es argumento de la gravedad del trabajo y de la razon con que un hombre lo siente; como lo acostumbran los discretos, que agora van á consolar un amigo recién viudo ó afligido con otro trabajo, los unos y los otros lo hacen por no mostrarse bachilleres y habladores, que es cosa que en aquel tiempo de la afliccion se nota mucho, y se echa de ver mas que en otro, y por no mostrarse de poco sentimiento del trabajo, como á quien no les toca; y porque, como el refran dice, cuando estamos con salud solemos dar buenos consejos á los que no la tienen. Así lo dice el texto, que no le hablaron palabra, viendo que era vehemente el dolor; y así, callaron hasta oírle hablar primero alguna palabra, con que ellos perdiesen el miedo y cobrasen licencia para hablar.

Esto es lo que en suma y con la brevedad que este discurso pide, podemos decir de la pena deste santo; y aunque no menos se requeria de tiempo y palabras para encarecer, y aun para decir algo de su paciencia, no dirémos mas de lo que el sagrado texto advierte en una palabra diciendo: En todas estas cosas (que son las dichas, y otras muchas y muy graves) no pecó Job con sus labios, ni habló palabra ninguna indiscreta ni desconcertada contra Dios. Esta es la cifra por donde se entiende y conoce la paciencia verdadera, pasar de tal manera los trabajos, que al cabo dellos, en ninguna cosa, grande ni pequeña, quede Dios ofendido; lo cual fué un milagro espantoso en tantos trabajos, mayormente al cabo dellos, cuando fué provocado de su mujer á blasfemia. La primera palabra que se lee haber hablado para dar licencia y ocasion á sus amigos, parece un poco áspera y argumento de alguna impaciencia; pero no lo es, sino de muy grande aprieto, pues á este tiempo el Espíritu Santo le abona de no haber perdido la paciencia; de donde se arguye haber sido entonces grande el trabajo y la ocasion, y por el consiguiendo la paciencia. Las palabras fueron: Mal haya el dia en que nací; que es: Pluguiera á Dios que nunca yo naciera. Donde la fuerza de la pena le hacia echar mano del dia en que por el pecado que él no consintió, se halló en la vida, sujeto á tanta miseria. Compara san Juan Crisóstomo este sentimiento á un herido ó llagado de una postema muy enconada, al tiempo que el cirujano la está cortando ó cauterizando con gran dolor del paciente, que él, por no estorbar la cura que el cirujano está haciendo para su bien, y por detener sus propias manos, que naturalmente irían derechas á estorbarle por excusar el dolor, echa mano de lo que alcanza, de la ropa, de la cama, de la silla, del vestido ó del cabello del que está á su lado, y muerde ó brazo ó manta, con que se ayuda con engaño á pasar su dolor y tormento, sin que para amansarle aproveche lo que hace. Así, viéndose el santo Job curar de la mano de Dios, temiendo la vehemente ocasion de tan gran pecado como la